

¿DE QUIÉN ES LA FILOSOFÍA?

Por Emilio URANGA

I

POR LO PRONTO nada parece más obvio y legítimo que formular la pregunta: ¿de quién es tal o cual filosofía?, con la respectiva respuesta también obvia y legítima: de Platón, de Kant, de Santo Tomás, de Hegel. Pero de inmediato surgen dificultades: ¿de quién es, por ejemplo, “la filosofía de la Edad Media”, ¿de la Edad Media? ¿de quién es la “filosofía del estilo gótico”, ¿de la catedral de Nôtre Dame?, ¿de la de Estrasburgo?, o ¿de su arquitecto?, o ¿de Worringer, autor de un libro sobre el estilo gótico? Hace unos días leí un panfleto sobre la filosofía del Partido Conservador inglés. ¿De quién es esta filosofía? Obviamente, se me dirá, del Partido Conservador, o con más rigor positivista: de algunos miembros del partido. Aquí el sujeto empieza a hacerse plural y a convergir peligrosamente hacia un sujeto general, vacío y abstracto, como el que convendría a una filosofía de la filosofía. ¿De quién es en este caso la filosofía? De la filosofía. Y efectivamente la concepción de una filosofía de la filosofía ha sido propugnada por el Dr. José Gaos que sostiene a la vez, o por lo mismo, la filosofía como confesión personal.

Si el sujeto de la filosofía, su sustentante y propietario, es un nombre propio, como Platón o Aristóteles, o un nombre común, como la naturaleza, la historia, cuando se habla de filosofía de la naturaleza o natural, filosofía de la historia o histórica, para el caso da lo mismo, pues lo que nos proponemos enseñar es que la pregunta acerca del sujeto, del quién de la filosofía, entraña dificultades insolubles, o sea, que la pregunta, ¿de quién es una filosofía?, tan obvia y simplista carece de sentido. Se podría también decir que no hay sujeto del verbo filosofar. Con ello se cancelaría toda filosofía egotista o cartesiana. Ya Nietzsche anticipó que pensar es un verbo impersonal como llover. Pero la tenacidad con que buscamos, por nuestra inserción en la tradición española, el sujeto detrás de los verbos puede llevarnos hasta personalizar los mismos verbos impersonales diciendo, me llovió, me madrugó, etcétera, como ha mostrado muy agudamente don Américo Castro.

Se me podrá replicar con ejemplos en que la pregunta funciona con toda corrección: dada una filosofía podemos señalar hacia su creador personal. El autor inclusive tiene el derecho de bautizar con su nombre a esa filosofía. Se habla, al parecer con todo sentido, de la filosofía de Kant, de Hegel, etc., pero, y aquí se suscita el problema, ¿cuando hablamos en tales casos de Kant, de Hegel, manejamos estas palabras como auténticos nombres propios o nos hemos deslizado, sin advertirlo, hacia descripciones? Afínese por un momento la visión intelectual: cuando decimos que “Platón es el autor del Fedón”, ¿se trata del mismo Platón al que sus amigos saludaban en las calles de Atenas y que estaba registrado con este nombre en las listas civiles?, o ¿simple y tautológica-

mente de “Platón autor del Fedón” y no de ese ciudadano homónimo que paseaba acompañando a Sócrates por los alrededores de Atenas?

Otro ejemplo: la filosofía como confesión personal habla del Hegel autor de la *Fenomenología del Espíritu* como si se tratara del cristiano Hegel a quien bautizaron un buen día en la Iglesia Luterana de Stuttgart con ese nombre. La connotación: “Hegel autor de la *Fenomenología del Espíritu*” queda absorbida en la denotación del cristiano Hegel. Hay personas aficionadas a la “cábala” que se dan a ver en los nombres algo más que signos arbitrarios enla-



Hegel.—“¿nombres propios o descripciones?”

zados a un individuo por la ceremonia civil de registro o por la eclesiástica del bautismo y que los consideran en su valor connotativo, como si Emilio por ejemplo, remitiera de alguna manera mística al “Emilio de Rousseau”, o Fausto tuviera algo que ver con “el de Goethe”. La descripción: Platón es el autor del Fedón, se confunde con la nominación: Platón, nombre que sus padres le pusieron a un muchachito que jugaba por ahí. Si nos dejamos arrastrar por esta tendencia pararemos en una teoría de las mónadas semejante a la de Leibniz: en la célula germinal bautizada por un párroco con el nombre de Hegel estaba implícito el Hegel autor de la *Fenomenología del Espíritu*.

Un biógrafo consciente no podría, por ejemplo, afirmar que el día tal y tal “nació el autor de la *Fenomenología del Espíritu*” en la ciudad de Stuttgart. Quien nació fue Jorge Guillermo Federico Hegel, pues tal nombre tuvieron a bien ponerle sus padres a ese paquetito de materia orgánica que mantenían durante la ceremonia eclesiástica en sus manos. Si se añade que ese mismo paquetito fue después, o se convirtió andando el tiempo en el “autor de la *Fenomenología*”, lo único que se ha hecho es disimular el problema pues “Hegel” como autor y Hegel, el señor que huía de Jena con el manuscrito de la *Fenomenología*, no son el mismo.

II

Dice Ludwig Wittgenstein, en algún párrafo de sus *Investigaciones filosóficas*, que toda confusión gramatical, todo chiste lingüístico, suena a profundidad, provoca un “calambre mental” a veces placentero. Así cuando leemos en un acta de registro civil que “el Dr. Karl Marx contrajo matrimonio el día tal y cual, y a la hora tal y cual, con la señorita Jenny de Westphalen”, la información suena simplona, se habla de un nombre que nada nos dice, pero si de reojo o por trasmano, introducimos la connotación o la descripción, “el autor del *Capital*”, la lectura del acta provoca inconscientemente regocijo, produce un “cosquilleo metafísico”. El “autor del *Capital*” y un tal “Dr. Marx” que se casa una mañana en Coblenza, se nos comunican con una inevitable sacudida de nuestros nervios lingüísticos. El incidente hace sonreír. ¿Por qué? Si rastrearíamos el motivo de nuestro regocijo aprenderíamos muchas cosas sobre el origen de la “metafísica”. Pero aquí estamos de paso y sólo utilizaremos la reacción para nuestros usos particulares.

Es cómico imaginarse a don Edmundo Husserl echando un par de huevos en una sartén para prepararse una tortilla de arenque o a Martin Heidegger tomándose a la hora del té un *Pfannkuchen*, y es que pensamos en Husserl como autor de las *Ideas*, o a Heidegger como autor del *Ser y Tiempo*, si no supiéramos nada de estas designaciones o descripciones sino simple y llanamente oyéramos pronunciar los nombres de ciertos individuos, un tal Husserl y un tal Heidegger, las actividades culinarias o gastronómicas de semejantes sujetos no nos producirían la más mínima reacción. El embrujo de la palabra pronunciada con dos sentidos diferentes, como connotación en un caso y como denotación en el otro, nos hace víctimas inocentes de un espejismo verbal que regocija.

Hegel como autor de la *Fenomenología del Espíritu* no existía con tal nombre antes de escribirla o dictarla, pero después de muerto el cristiano Hegel, Hegel como autor de la *Fenomenología* seguirá viviendo como propietario de esta obra. Son pues dos Hegeles y no uno. G. E. Moore decía muy agudamente que en filosofía parece que nos ocupamos de un objeto cuando en realidad se trata casi siempre de dos, que en nuestra reflexión se nos dan “empastelados” como se diría en jerga de tipógrafos. ¿Quién hace filosofía, yo de carne y hueso o mi “doble” homónimo que figura en la historia de la filosofía, pero no en las actas del registro civil? Son el mismo, se me replicará y en ello reside todo el paralogismo. Cuentan de Nietzsche sus biógrafos que en los últimos años de su vida solía tomar el té con una viejecita que un buen día le preguntó alarmada si era el autor del *Zaratustra*, a lo cual Nietzsche respondió vehementemente: “No señora, esos son cuentos”. Y en efecto, con quien tomaba té la dama no era indudablemente el autor del *Zaratustra*, con éste no se podría obviamente tomar el té. En la fantasía nos podemos divertir en hacernos coincidir con la obra propia por llevar el mismo nombre pero estamos haciendo trampa. Son dos sujetos y no uno. Y hay momentos en que vivencial-

mente se comprueba con dolor su diferencia.

Eduardo Gibbon escribe en su *Autobiografía*: "He creído haber observado el momento de la concepción (de su *Decadencia y caída del Imperio Romano*); conmemoraré ahora la hora de mi liberación final. Fue el día, o más bien la noche, del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce, cuando escribí las últimas líneas de la última página, en una caseta de verano de mi jardín. Después de soltar la pluma di varias vueltas por un *berceau*, o paseo cubierto de acacias, que domina una perspectiva del campo, el lago y las montañas. El aire estaba templado, el cielo estaba sereno, la luz de la luna se reflejaba en las aguas y toda la naturaleza estaba silenciosa. No quiero ocultar las primeras emociones de alegría ante la recuperación de mi libertad y, quizá, ante la cimentación de mi fama. Pero mi orgullo quedó pronto humillado y una serena melancolía se apoderó de mi espíritu ante la idea de que me había despedido para siempre de un viejo y agradable compañero y de que cualquiera que pudiera ser la suerte de mi *Historia*, la vida del historiador iba a ser corta y precaria."

He aquí una escena patética en que asistimos experimentalmente a ese momento en que la escisión entre la obra y la vida del creador se produce con su inevitable secuela de melancolía. Gibbon autor de la *Historia* no estaba vocado a la desaparición pero Gibbon el historiador sí. Su "homónimo" en las crónicas humanas se despegaba de él. La coincidencia temporal coetánea ya no habría de prolongarse por muchos años más. Los dos Gibbon habían sido, durante cierto período de la vida, "compañeros". El matiz, frente a decir, sin más, los mismos, merece la pena ser destacado. El sentido común simplemente identifica.

III

Sería grotesco imaginar que el padre de Hegel le dio este nombre pensando en "*Hegel como autor de la Fenomenología del Espíritu*". Pero cuando Leibniz afirmaba que un "sujeto" contiene todos sus accidentes, indudablemente que con tal idea en la cabeza no se hubiera extrañado o escandalizado del sin sentido que hay en la identificación de Hegel autor de la *Fenomenología del Espíritu* y el Hegel de la pila bautismal. Por la solemnidad de la muerte es claro que nadie se ríe de ver labrada en la piedra conmemorativa del difunto que "el autor de la *Fenomenología del Espíritu* nació en Stuttgart" aunque con "lógica viva" el paralogismo es evidente. No se nace autor.

Pero la biografía ¿no nos cuenta precisamente cómo se formó, cómo se hizo el filósofo, cómo se pasó desde ese cristiano bautizado en Stuttgart al autor de la *Fenomenología del Espíritu*? Tal sería el asunto a dilucidar; las biografías no se ocuparían quizás nunca, no podrían ocuparse nunca, por imposibilidad de principio, de narrarnos este tránsito, no sería posible, para decirlo con palabras de Jorge Lukacs, "generar biográficamente al autor genial". La biografía con todos sus recursos sería incapaz de "morder" en ese hecho tenaz de la existencia de dos Hegeles, el autor y el

cristiano. Deducir uno del otro es mero espejismo de alquimia literaria, el biógrafo puede prestarse a ella por un gesto de piedad pero ante el tribunal de la conciencia científica esto es una patraña. El biógrafo, como el materialista vulgar, trabaja con la hipótesis de que entre cuerpo y alma no hay solución de continuidad y que dará tarde o temprano con ese punto de descomposición cerebral que fisiológica o patológicamente es ya la obra: que se sorprenderá ese núcleo celular en que el señor Hegel es ya el autor de la *Fenomenología*.

Lo único que afirmamos es que la obra nos resultará enigmática si la abordamos con los recursos únicamente de la biografía de su autor. No es que sea enigmática en sí misma: esto no; por el contrario, de la obra nos habla la historia de la filosofía con toda la amplitud deseada, nos la explica conectándola con las filosofías precedentes de que surgió reasumiendo y replanteando las contradicciones o perplejidades que heredó y conectándola, más a lo hondo, con las corrientes sociales, históricas, económicas, ideológicas que estaban en su base. Pero este trabajo de reconstrucción explicativa no lo puede adivinar la biografía, no está inscrito en los documentos personales como en un electrocardiograma en que pudiéramos leer al

milímetro lo que está pasando "afuera".

Hay problemas que no son resolubles recurriendo a la experiencia. Por lo general se plantea el asunto que aquí debatimos afirmando que para la comprensión de la obra es a veces indispensable echar mano de la biografía del autor. Si no se logra, en un caso concreto, resolver la obra en la vida de su autor, ello, se argumenta, es deficiencia del biógrafo y no dificultad por principio insalvable. La llamada "falacia biográfica" o sea, la convicción de que una obra se reabsorbe sin residuo en la biografía del respectivo artista o filósofo, no puede ser aceptada como una máxima inviolable, la experiencia y sólo la experiencia, podrá definir en qué casos es lícito hablar de una falacia y en cuales no se trata de ninguna falacia, sino de un tránsito legítimo y comprobable. Pero ¿hay documento concebible, fantaseable, que pudiera probar empíricamente que "Hegel" autor de la *Fenomenología* y Hegel apellidado de don Jorge Gmo. Federico son lo mismo? Indudablemente que no. El biógrafo está en su derecho dentro de su propio terreno pero en su turno se abre un abismo de lógica que no podrá colmar por más legitimamente que apisone y rellene su coto. Nuevamente se trata de dos problemas diferentes, no de uno.



Kant.—"el derecho de bautizar con su nombre esa filosofía"

¿Tiene un método especial la filosofía? Cuando el filósofo pregunta, por ejemplo, ¿qué es el conocimiento?, parece a primera vista que le gusta hacerse el tonto. Si no conoce la definición nominal de la palabra *conocimiento* haría bien en recurrir a un diccionario autorizado, si lo que quiere es un análisis científico de lo que es el conocimiento, recurra a los manuales de psicología y se quedará tranquilo en cuanto a definición real de la cosa. ¿Qué resto puede quedar para la filosofía?

La respuesta es inmediata: antes de las definiciones nominales y antes de la investigación "real" de la psicología hay un terreno "a priori" que es el que le interesa al filósofo. De Hegel como cristiano, me da cuenta el registro parroquial; de "Hegel" como autor de la *Fenomenología*, la historia de la filosofía; pero de la confusión entre los dos en que incurre la mente no prevenida, me libera la filosofía haciéndome reparar en que hay una cuestión previa a dilucidar antes de darse a traficar con estos dos Hegeles como si fuera uno. "¿De qué se echa mano para probar la confusión?", pues, se añadirá, "no basta denunciarla sino a la vez, convencernos de su "falacia". Y así es, la "lógica" tiene aquí un papel que jugar y no invocarla sería desastroso. La confusión entre *nombres* y *descripciones* es un error cuyas consecuencias aparecen luego como si se tratara de interesantes problemas a dilucidar únicamente por vía empírica. Los biógrafos quieren probar experimentalmente que dos y dos son cuatro y que el metro tiene cien centímetros.

IV

El sujeto propietario de "la filosofía de la Edad Media" estamos dispuestos a conceder, por reflejo de sentido común, que tiene mucho de ficticio; pero el sujeto de "la filosofía de Husserl", nos parece evidente que es el señor profesor doctor don Edmundo Husserl, el mismo señor que en ausencia de su mujer, echaba en la sartén un par de huevos para prepararse una sabrosa tortilla de arenque.

Desde un punto de vista estrictamente lógico no hay diferencia entre las expresiones "el autor de la filosofía de la Edad Media" y el "autor de la *Fenomenología*", ambas son *descripciones*. En cambio los "nombres" se trate del autor de una o de otra filosofía, tienen un estatuto lógico radicalmente distinto a las "descripciones".

El sentido común entiende por el autor de una filosofía no a la descripción que figura en las historias de la filosofía, por ejemplo Husserl, o Hegel, de los que se dicen que son autores de la *Fenomenología del Espíritu* o de la *Fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, sino a los señores de carne y hueso que en Jena o en Friburgo pudieron ser vistos comiendo en un restaurante. La identificación ilegítima entre "nombres" y "descripciones", *toto coelo* distintos, recibe un semblante de justificación enchufando, de por medio, una explicación psicológica de la génesis de la obra filosófica. Si las filosofías son *nada más que* confesiones personales de los filósofos, la confusión entre Hegel cristiano y Hegel autor de la *Fenome-*

nología se hace más verosímil. La obra viene a ser una especie de carta privada redactada por urgencias prácticas, por ejemplo, para pedir dinero a un amigo o encargar viandas a un tendero. No en vano se ha dicho que es mucho más fácil denunciar el famoso psicologismo, en general, que librarse de él en casos concretos.

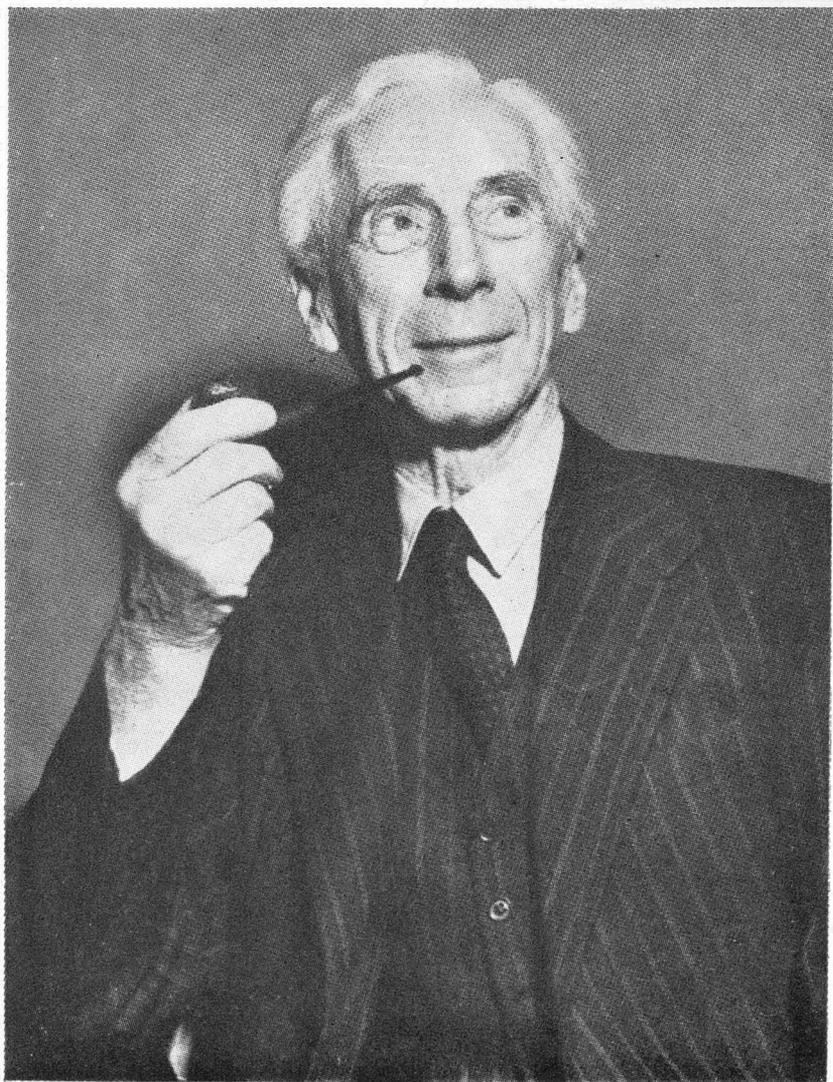
G. E. Moore objetó en cierto día la teoría de las descripciones de Bertrand Russell con un argumento pedestre o pedante que ha sido piadosamente registrado por la historia de la filosofía. Si digo que Hegel y sólo Hegel es el "autor de la *Fenomenología del Espíritu*", alguien me podría replicar: "en verdad el autor de ese libro fue el amanuense a quien Hegel dictaba sus páginas". Por eso hemos evitado decir, "Hegel escribió la *Fenomenología del Espíritu*". Esta observación de G. E. Moore ha hecho exclamar a uno de sus comentaristas que con este hombre no sabemos si se trata de un "filósofo pedante" o de una "pedantería que se hace pasar por filosófica". Pero para lo que nos interesa, el "matiz", todo lo pedante que se quiera, tiene su sentido. Entre el señor de "carne y hueso" y las obras de su homónimo en la historia de la filosofía hay tantas diferenciaciones que si se las registrara todas minuciosamente entenderíamos, por sugestión empírica, que efectivamente hay dos Hegeles y no uno. La lógica nos instala "de golpe" en la diferencia de "nombres" y "descripciones", la malicia de distinciones empíricas, por ejemplo, entre "autor" y "escritor", insinúa el divorcio que la lógica acepta como ya consumado.

Cuando se pregunta, ¿de quién es una filosofía?, lo grave que con ello se calla, no es sólo quizás confundir nombres y descripciones, pecado mortal de lógica, sino que lo que se pretende evitar y ahorrarse por inútil, es confrontar a tal filosofía con la realidad para establecer si corresponde o no al caso, si, en definitiva, es falsa o verdadera.

Movidos por un vicio, tal vez indarraigable por estar entrañado en una tradición histórica que nos prescribe sin saberlo, sus perplejidades y el rumbo de sus preocupaciones, nos conformamos con señalarle a la filosofía su propietario, con asignarle un dueño, sin hacernos responsables de la obligada prueba de su adecuación o de su infidelidad a lo real. Tal filosofía "es de fulano de tal": al declarar, con indudable piedad, esta imprescriptible asignación de propiedad, nos autorizamos a retirar la mirada, a desviarla, del difícil problema de su legitimación y prueba.

La filosofía que se propone, como una de sus cuestiones radicales preguntar de *quién* es y no *qué* es, me parece que está movida por la suposición *a priori* injustificada de que una filosofía no es, y no puede ser por principio, un espejo de la realidad sino un sueño privado (todo sueño es privado, podría replicármese recordando el aforismo de Heráclito), una confesión personal que necesita, por tanto, del sustento de un sujeto y de sus intereses, y no de un mundo público o de todos (como se podría completar recordando otra vez el mismo aforismo de Heráclito) con el cual concordara como signo de su verdad.

Es extraño que la concepción de la filosofía como confesión personal no ha-



Bertrand Russell.—"objetado con un argumento pedestre"

ya rastreado su parentesco con el solip-sismo. Aquí, sin embargo, habría encontrado el coto adecuado para su despliegue sistemático. "La vida es sueño" siempre me ha parecido una elucidación de la esencia de la filosofía hondamente emparentada con nuestra "vididura" hispánica.

V

Una filosofía sin sujeto que la sustente nos parece un fantasma vacilante que de un momento a otro se va a derrumbar ante nuestros ojos. Pero bastaría la más ligera reflexión para comprender que estas angustias por la estabilidad de los fantasmas son completamente injustificadas.

Durante cierto tiempo el creador de una filosofía y su sistema, han sido "coetáneos", "compañeros", como dice muy bien Eduardo Gibbon, pero después se han separado, el filósofo para irse a la tumba y la filosofía para ingresar en los anales o historias de la filosofía. Por comodidad, en estas últimas se sigue hablando de "Hegel" cuando se expone la *Fenomenología del Espíritu* pero tal recurrencia al nombre que en otra época fue el de un ser de carne y hueso, no lo reencarna ni en el más insignificante de sus átomos corporales. Vive ideológica, espiritual pero no materialmente, descriptiva y no "nominalmente".

La filosofía como confesión personal se inclina devota ante las biografías de los filósofos para extraer de ellas reliquias, motivos, que la exposición de los "sistemas" haría bien en atender, tal es su esperanza, para rellenar "vitalmente", la abstracción inhóspita de las "meras" ideas.

No han faltado "espiritistas de la filosofía" que de muy buena gana reanimarían o invocarían la sombra del filósofo para preguntarle qué pensaba de tales o cuales oscuridades en que dejó su sistema. Se cuenta de un bachiller medieval que vendió su alma al diablo con tal de que le dejara por algunas horas bajar a los infiernos y entrevistarse con el mismísimo Aristóteles para dilucidar "la esencia de la metafísica". Lo curioso de estos exorcismos, y lo instructivo, consiste en que los filósofos consultados, por lo general, aprovechan la ocasión de su invocación para encomendarles a los vivos asuntos prácticos, por ejemplo, que se les digan algunas misas para salvación de su alma o si son empecinadamente paganos, se quieren enterar de su fama, de los homenajes que se les dedican cada año o de si han muerto malamente, como lo merecían, sus "críticos" y enemigos. Pero en cuanto a hablar de la "doctrina" no hay modo de obligarlos a ello.

Esta predominante preocupación utilitaria de las "voces de ultratumba", nos enseña con elocuencia que las "biografías" pertenecen al dominio de lo práctico y no de lo teórico, que la filosofía como confesión personal de los filósofos es una empresa fundamentalmente "edificante".

Todos, creo, conocen esos muñequitos de celuloide que llevan pegados en la planta de los pies un trozo de plomo modelado en la forma de una semiesfera. La gracia del juego con estas figuras consiste en que, se las lance como se quiera, siempre caen paradas balan-



Heidegger.—"las actividades culinarias o gastronómicas de semejantes sujetos"

ceándose airosamente sobre el arco de su pedestal plúmbeo. Las filosofías se parecerían a estos juguetes ligeros que necesitan de un basamento para tenerse de pie. El filósofo sería el propietario de la respectiva filosofía, o la raza, el espíritu de un pueblo, dueños también de filosofías correspondientes; el carácter, el "estilo de vida" o la "vididura" de una nación serían igualmente sujetos sustentadores. Sin estos plomos la filosofía se evaporaría en el éter puro de las ideas.

Cómo se ha llegado a esta convicción es una historia que nadie quizá podría rastrear. Los sentimientos místicos que animaban a las teorías románticas del "alma de un pueblo", la valoración suprema del individuo de carne y hueso como ente realísimo, la sospecha de que el carácter o el estilo lo permiten todo, le ponen su sello y su plomo, serían datos a registrar por quien quisiera "historiar" esta tenaz opinión de que la filosofía, sin el acompañamiento del filósofo que le aporta solícito su ancla encajada en la facticidad de su cuerpo y de

su biografía, la filosofía "solita", como sustantivo sin sustancia, no tiene ninguna realidad. Cuando no se puede echar mano de un "sustantivo" se procura en todo caso buscarle un "adjetivo" que la acompañe, hablándose entonces de filosofía griega, alemana, inglesa, etc. Pero con el adjetivo otra vez empieza la historia de buscarle su "consistencia" para sacar de aquí el "plomo" que siempre se echa de menos para tener en pie a una filosofía.

La historia de nuestra filosofía en lengua española ha sido fértil en pesquisas de estos "sujetos". Desde la más primitiva hasta la más reciente de nuestras filosofías a todas las anima la convicción que expresa el lema de nuestra Universidad: "Por mi Raza Hablará el Espíritu". Hemos terminado por olvidar la filosofía para dedicar, como es debido, toda nuestra atención al filósofo. Estos disparataderos que condena la lógica, tienen raíces muy profundas entre nosotros. Tenemos que aceptar la "herejía" como un hecho bruto. Su explicación tendrá, pero no la conozco,